

Colonias que vinieron á España.

Los primeros extranjeros que aportaron á nuestra península fueron los fenicios (1), que conociendo las ventajas que podian sacar comerciando en nuestro país, y prevalidos de la sencillez y buena fé de sus naturales, fundaron á Cádiz y otras ciudades sin oposicion ninguna; mas conociendo al fin los españoles que los fenicios aspiraban á subyugarlos, despues de 800 años de paz les declararon la guerra; les vencieron en diferentes encuentros, pasaron á cuchillo á los que en Medina se creyeron seguros en el templo de Hércules, y ya habian quedado reducidos á solo Cádiz, cuando los cartagineses volaron en su auxilio, no tanto por servir á los fenicios que los habian llamado, cuanto por hacerse dueños de España. Maharbal, al frente de una gruesa armada, abordó á Cádiz, taló y saqueó impunemente varias poblaciones, y levantó fortalezas en lugares ventajosos: mas los españoles, bajo la conducta de Japeto, los arrojaron de todas sus fortalezas, y hasta el mismo Maharbal debió su salvacion á la ligereza de su caballo. Por lo que, conociendo los cartagineses la imposibilidad de vencer por la fuerza, se valieron de la industria: sentaron paces con los españoles; fingiéronse amigos; y con pretexto de comercio, hicieron algunas poblaciones, que fueron otras tantas fortalezas que les sirvieron luego para los fines que se proponian. Los españoles no solo no volvieron á ofender mas á los de Cartago, sino que en la guerra que esta república tuvo contra Sicilia, debió á España muchos de los triunfos que logró con el auxilio de sus armas.

Dominacion de los cartagineses. (Año 237 antes de la venida de Jesucristo).

La retribucion que obtuvieron los españoles por sus servicios á los cartagineses fué la que debian esperar de una nacion que no conocia otro móvil de sus acciones que el interés, ó la necesidad. Luego

(1) Despues de los fenicios vinieron tambien á España colonias de griegos, rodios, samios y focenses; mas estos turbaron poco la Paz de los naturales; y la historia ofrece poco que hablar de ellos.

que los cartagineses terminaron la guerra con otras naciones, volvieron sus armas contra la nuestra, sin otro motivo que el de hacerse dueños de los muchos tesoros en que abundaba España, y contrarrestar con ellos al poder de Roma.

Amilcar, que comandaba las tropas enemigas, en el espacio de 8 á 9 años conquistó la mayor parte de Andalucía, Estremadura, Portugal, Murcia, Valencia y Cataluña. No fué tan feliz al querer sujetar á los celtiberos; pues habiendo Amilcar puesto sitio á Hilice, los que la defendian, comandados por Orison, fingido aliado de Cartago, lograron la victoria por medio de una estratagema muy original; parapetáronse con una multitud de carros cargados de combustibles; al acercarse el enemigo, que se reia de tan débiles trincheras, los celtiberos aguijoneando los bueyes uncidos á los carros, y dando fuego á la leña, lograron desordenar y aterrar al ejército enemigo, que pereció casi todo: el mismo Amilcar al pasar huyendo el Guadiana, cayó del caballo y se ahogó.

Despues de esta derrota de los cartagineses, tomó el mando Asdrubal; el que haciendo mas uso de la política que de las armas, despues de apoderarse de algunas plazas de los celtiberos, hizo amistad con ellos, y se casó con una princesa del país. Fundó á Cartagena; y fué alevosamente asesinado por un esclavo, á cuyo amo habia mandado quitar la vida.

Siguió en el mando el gran Anibal, quien, despues de haber asegurado las conquistas de sus antecesores, deseoso de adquirir nombre, y de chocar con los romanos, á quienes habia jurado enemistad eterna, puso sitio á la inmortal Sagunto, aliada de Roma. Resuelto Anibal, á pesar de las reclamaciones de los romanos, á tomarla á toda costa, la cercó con un ejército de 150,000 hombres. Sagunto, alentada con las promesas de Roma que no tuvieron efecto, se sostuvo sola por espacio de ocho meses contra los ardides y asaltos de un enemigo no menos diestro que valiente. Hiciéronse varias salidas de la plaza con favorables resultados: el mismo Anibal recibió una herida peligrosa en un muslo, al querer escalar los muros, y vió huir sus tropas hasta las mismas trincheras. Cuando los muros fueron ya impotentes para detener el ímpetu de los sitiadores, palmo á palmo fué defendido el resto de la ciudad, hasta que reducidos los sitiados á muy corto recinto, donde recogieron sus familias y tesoros, apurados los viveres y sin esperanzas de auxilio, intentaron una capitulacion honrosa: no accedió Anibal á lo que pedian, y se resolvieron á perecer antes que sucumbir; hicieron por la noche una salida, resuel-

tos á vencer ó morir matando; horrible fué el estrago que hicieron en los cartagineses; mas tan pequeño número no era suficiente para acabar con tantos contrarios. Los pocos saguntinos que regresaron al fuerte, se precipitaron con sus mujeres, hijos y riquezas en una hoguera que hicieron en la plaza.

No fué sola Sagunto la que en la guerra con Anibal dió pruebas de heroicidad por defender su independencia: entre ellas es digna de referirse la de Salamanca; despues de haber capitulado sus habitantes, prometido dejar las armas y entregar la ciudad, al salir de ella, las mujeres ocultaron entre sus ropas las armas de sus maridos; y cuando vieron á los soldados entregados al saqueo, volvieron sobre ellos, mataron muchos, y pusieron en fuga á los demas; empero luego que Anibal logró, no sin mucha dificultad, rehacer sus tropas, recargó sobre los salmantinos, y los obligó á replegarse á la cima de un monte donde capitularon de nuevo, obteniendo la libertad de volver á sus hogares.

Los desvelos de Anibal en España no se limitaron á la guerra solamente: procuró ganarse las voluntades de todos: rebajó los impuestos; se casó con una española; hizo cultivar las minas, cuyo producto rendia lo bastante para cubrir los gastos ordinarios y enriquecer su erario.

Dominacion de los romanos en España. (Año 215 antes de Jesueristo).

No podian los romanos mirar con indiferencia tanta prosperidad y gloria en la república de Cartago, y presentándoles la toma de Sagunto una buena coyuntura, la declararon la guerra con todas las formalidades de costumbre. Anibal, que nada deseaba mas que habérselas con los romanos, no esperó á que estos vinieran á burcarle á España; pues al frente de 90,000 hombres escogidos, de los que 20,000 eran españoles, vencidas las dificultades que le presentaban la aspereza de los lugares, lo rígido de la estacion y la oposicion armada de algunos pueblos, atravesando los Pirineos, la Francia y Alpes, penetró en Italia al quinto mes de su salida de España. Junto al Tesino encontró y derrotó al primer ejército romano que quiso impedirle el paso: á esta victoria se siguieron las de Trevia, Trasimeno y Canas. En esta última pereció la flor de los caballeros romanos y varios senadores. No debe pasarse en silencio que lo mas lucido y valiente del ejército de Anibal era la infantería española y la caballería de los númidas.

Conocieron los romanos que el único medio de destruir los planes de Anibal era cortarle los recursos que recibia de España; con este fin enviaron á esta á Cneo Escipion y su hermano con un numeroso ejército. Favorecióles en los primeros encuentros la fortuna, mas luego se volvió contraria, y en dos batallas que perdieron los romanos, perecieron los dos Escipiones.

Siguióles en el mando otro Escipion de la misma sangre, pero de mejor fortuna. Su primera empresa se dirigió á Cartagena, donde los enemigos tenian su tesorería y lo mas precioso de sus conquistas. Solo cuatro dias pudo resistirse al valor y destreza del romano.

Un lance caballeresco coronó el triunfo del gran Escipion en Cartagena. Entre las muchas cautivas le fué presentada una bellissima jóven; y habiendo sabido de boca de la misma, que estaba prometida en matrimonio á uno de los principales del pais, inmediatamente la entregó á su esposo, dándola en dote el oro que sus padres le ofrecieron por su rescate: un acto de tanta generosidad no quedó sin recompensa; pues el esposo de la jóven, llamado Luceyo, pasó luego al servicio de Roma con 1400 caballos, y á su instancia y ejemplo hicieron lo mismo otros muchos principes y pueblos.

Tres victorias consecutivas ganadas por Escipion, y el haber sido derrotados los dos ejércitos que mandaba Cartago á reforzar los que hacian la guerra en Italia y España, precisaron á los cartagineses á abandonar enteramente nuestro pais, que con gusto se sometió casi todo al paternal dominio de Escipion. Este, á pesar de su moderacion, no pudo menos de hacer un castigo horroroso con los habitantes de Hiliturgi, haciéndolos pasar todos á cuchillo por haber ellos asesinado á los romanos que se habian refugiado allí. Redujo á la obediencia á Castulon, que se defendió con valor. Mas no le fué tan fácil la reduccion de Astapa (hoy Estepa); pues sus habitantes prefirieron la muerte á la esclavitud: sus riquezas, las mujeres, viejos y niños ardieron en una gran pira; los que podian manejar las armas, murieron todos peleando.

Los pueblos españoles, que por algunos años habian estado siendo el juguete de dos poderosos rivales, cayendo alternativamente en poder de Cartago ó de Roma, gozaron poco tiempo de la paz que les proporcionó Escipion. Apenas abandonó á España este gran general, dejando el mando á Lentulo y á Manlio; cuando Indibil y Mandonio armaron un ejército de 30,000 infantes y 4,000 caballos; mas por falta de disciplina, fueron destruidos en una

sola batalla en que pereció Indibil, y Mandonio fué entregado por los suyos en manos de sus enemigos para poder salvarse. Dos dias duró la batalla y si los españoles hubieran peleado con tanto orden como valor, no hubieran tenido que implorar el perdon del enemigo. Pasaron luego los españoles algunos años sin tomar las armas, y sufrieron la tiranía de los Pretores que venian, no á gobernar, sino á enriquecerse con atropellos y vejaciones. La libertad entonces estaba limitada á solo Roma; mas sus súbditos sufrían la ley de vasallaje. Los españoles, que no podían olvidar su anterior independencia, y la sangre que habían derramado por conservarla, para sacudir el yugo que los oprimía, solo esperaban el momento oportuno. Halláronle en la debilidad del pretor Cayo Sempronio, fué buscado y vencido en el primer encuentro, y murió de la pesadumbre y heridas que recibió en la batalla.

Siguióle en el mando Caton el Censor, quien despues de varios combates, restableció la superioridad de las armas de la república y regresó á Roma, donde fué recibido en un solemne triunfo en que llevaba 148,000 libras de plata y 540 de oro, sacado todo de las minas que habia hecho cultivar en España.

Dos años despues Fulvio Nobilior sujetó á los de Patencia, y venció en una batalla á los celtiberos.

Guerra de Viriato (año 146 antes de Jesucristo.)

Muchos españoles antes que sujetarse á sufrir la esclavitud prefirieron vivir libres en la aridez de los montes; en ellos se hicieron respetar de todo el poder de Roma, y vengaron mas de una vez los ultrajes de los Pretores, de cuya perfidia habían sido victimas algunas poblaciones. Tal fué la villa de Coca, que abriendo sus puertas bajo la seguridad de una capitulación, fué saqueada con furor por Lúculo, y muertos 20,000 de sus ciudadanos. No fué mejor la conducta de Sergio Galva, cuyo nombre recordarán siempre con horror los españoles; pues hizo degollar alevosamente á un sinnúmero de ciudadanos que se rindieron bajo la promesa de perdon, y de pasar á morar á otro pais mas fértil que el suyo.

El amor de la libertad y la sed de venganza reunieron un cuerpo considerable de guerreros lusitanos, que ardiendo en ira trataron de atacar á los romanos y esterminarlos: mas su ardor los llevó á un

paraje ocupado por el enemigo, y de tan difícil salida, que sin duda hubieran perecido todossí los hubieran comandado otro gefe menos diestro que Viriato.

El nombre de Viriato, que bajo la pellica de pastor reunia las cualidades de un gran capitan, no era ya desconocido á los romanos, que por haberles quitado muchas veces los ricos convoyes que conducian á Roma, le llamaban *vandolero*. Viriato pues, al ver la indecisión de las tropas que dudaban si se entregarían ó no bajo la promesa que se les hacia de perdon, «acordaos, les dijo, de la perfidia de Lúculo y de Galva; seguid mi consejo, y saldremos del lazo en que hemos caído.» Aparentando luego querer presentar batalla, hizo formar 4,000 caballos al frente del enemigo; pero al mismo tiempo dió orden á la infantería para que dividida en pequeños grupos por diferentes caminos se fuese á reunir á la ciudad de Tribola. Mantúvose él entretanto dos dias al frente del enemigo, aparentando acometer unas veces, y otras huir: mas cuando vió que su infantería habia tomado la ventaja suficiente para no ser molestada, aprovechándose de la noche, emprendió tambien su retirada, dejando de este modo burladas las esperanzas del romano, que en vano y sin fruto se empeñó en seguirle.

El pretor Vetilio, que era el gefe de las tropas romanas, engañado con tanta facilidad por Viriato, no fué mas diestro para librarse de los ardides del contrario. Ansioso por alcanzar el triunfo que habia dejado escapar de las manos, marchó apresuradamente en busca de los fugitivos: saliéronle estos al encuentro, y tomaron un desfiladero por donde tenia que pasar; allí perdió la mitad de su gente; y el mismo pretor pagó su impericia perdiendo la vida á manos del mismo Viriato. Con nuevos socorros que recibieron los romanos quisieron volver á probar fortuna; pero aun mas desgraciados, fueron todos pasados á cuchillo.

Al año siguiente desembarcó en España el pretor Cayo Pancio con 10,000 infantes, y 1,500 caballos; fué al momento en busca de Viriato; aparentó este tener miedo, y echó á huir; siguiéronle con demasiada precipitación 4,000 romanos, y separados lo bastante para no poder ser socorridos por los suyos, fueron todos degollados por Viriato. Siguióle sin embargo el pretor, y con la derrota que sufrió el resto de sus tropas, completó el triunfo del vencedor lusitano.

Claudio Unimano, que tomó luego la empresa de perseguir á Viriato, no fué mas feliz; pues fué muerto en la primera batalla con la mayor parte de su ejército: la misma suerte le cupo á Cayo Ni-

gido. Quedaron tan abatidas las águilas romanas que en adelante solo estuvieron á la defensiva; y llegó á tanto estremo su terror, que 1,000 romanos se dejaron acuchillar de solos 500 lusitanos.

Es digno de particular memoria el valor de un soldado español, que acometido por una partida de caballería, pegó un golpe tan fuerte de lanza al primero que se le acercó, que de un solo bote cortó la cabeza al jinete y dejó muerto al caballo: aterrados los demas al ver tanta valentía, no se atrevieron á seguirle.

Metelo, el vencedor de Macedonia, encargado despues del gobierno de España, aunque logró apaciguar á los celtiberos, que empezaban á rebelarse, nada adelantó contra Viriato en el espacio de dos años, al cabo de los cuales fué sustituido por Serviliano. Este, á pesar de traer de refuerzo 19,000 hombres, solo consiguió tomar algunos pueblos de poca consideracion; mas al querer tomar la ciudad de Erisana, en la que sin ser descubierto se habia introducido Viriato, hizo una salida tan vigorosa, que puso en el mayor conflicto á los contrarios, obligándoles á pedir la paz, á que accedió Viriato, quedando en posesion de cuanto habia conquistado, y por amigo del pueblo romano.

Mas duró poco la amistad; porque avergonzados los romanos de tanta humillacion, y teniendo en menos la fé del juramento, que el deseo de venganza, sin preceder la menor declaracion de guerra, acometieron el pais de Viriato; quien, por hallarse desprevenido y sin bastantes fuerzas, se retiró á los montes; y haciendo desde allí frecuentes correrías, iba debilitando insensiblemente las fuerzas enemigas. Cansado al fin de tantas guerras, trató de ajustar la paz; y envió tres capitanes suyos para que tratasen con Cepion sobre las condiciones. Mas ganados los enviados á fuerza de oro, prometieron asesinar á Viriato, y lo cumplieron. Tal fué el término de este campeon de la libertad española, digno de mejor suerte y del grato recuerdo de sus patricios.

Tomó luego Tantamo el mando de las tropas lusitanas; careciendo empero del valor, destreza y prestigio de su antecesor, despues de haber sufrido varios descalabros, tuvo al fin que avenirse con los romanos por medio de una capitulacion humillante y deshonorosa.

Guerra de Numancia. (Año 136 antes de Jesucristo).

En medio de los continuos desastres que desde la invasion de los cartagineses habian afligido á los españoles, la ciudad de Numancia, situada en tierra de Soria, se habia mantenido independiente, y sin probar los horrores de la guerra. Al cobarde Quinto Pompeyo Cepion, al que no se avergonzó de comprar con oro la vida de Viriato, estaba reservada tambien la perfidia de turbar la tranquilidad de Numancia, la que sin mas pretexto que el de haber dado hospedage á los enemigos de Roma que se habian acogido bajo su proteccion, fué acometida por un ejército de 52,000 hombres. Ocho mil opuso Numancia á este número exorbitante, y á pesar de no tener otras murallas que los pechos de sus defensores, no solo fué rendida, sino que despues de haber causado una gran baja en el enemigo, le obligó á una capitulacion que no quiso reconocer ni ratificar el senado.

Continuó la guerra Popilio; y cuando se creyó dueño de la ciudad, en cuyas calles penetró sin la menor señal de resistencia, fué acometido dentro de la poblacion, y puesto en vergonzosa fuga con grandísima pérdida.

El cónsul Cayo Hostilio Mancino, que con un nuevo y crecido ejército vino á continuar la guerra, solo se atrevió á ponerse á vista de Numancia; mas no á presentar la batalla. Pero los numantinos con sus frecuentes salidas le causaron mucho daño, y le acobardaron en términos, que se resolvió á retirarse con el mayor silencio. Dos jóvenes que aspiraban á casarse con una misma señora; y la que debia obtener el que primero trajese la mano de un sitiador, descubrieron la fuga de Mancino; siguiéronle solo 4,000 y fué tal su arrojo y valor, que mataron hasta 20,000 de los romanos, y redujeron á los demas á tal estrechez, que Mancino tuvo por gran favor que le dejasen libre, á trueque de reconocer la independenciam de Numancia. El senado eludió esta capitulacion como todas las que no decian bien con sus intereses, y puso á Mancino cargado de cadenas á las puertas de Numancia. Esta desprecio la victima como insuficiente para santificar los agravios hechos á la fé pública.

Vino despues al gobierno de España Marco Emilio Lepido, el que sin atreverse con Numancia, pa-

só á sitiarse á Palencia; pero fué rechazado y perdió 6,000 hombres en la retirada.

Puso Roma los ojos en Publio Escipion Emiliano el destructor de Cartago, para reparar el honor de sus armas en España. Vino en efecto, y después de haber empleado un año en disciplinar las tropas, se presentó al frente de Numancia con un ejército de 70,000 soldados; taló los campos, y colocó las fuerzas en disposición de poder ser fácilmente socorridas. Los numantinos solo contaban ya de 6 á 7,000 guerreros; mas el valor suplía la superioridad numérica del contrario. Muchas veces presentaron la batalla, que nunca fué admitida. Los romanos, parapetados con trincheras dobles, y sin atreverse á salir de sus líneas, mas parecían sitiados que sitiadores: y aun así fué necesario todo el prestigio de Escipion para contenerles en sus puestos. Negándose por fin el romano á todo trato de paz que no fuese entregarse á discreción, hicieron el último esfuerzo, vigorizados con una especie de cerveza, salieron hombres y mujeres á buscar la muerte en las espadas de sus enemigos, haciendo al mismo tiempo en ellos una carnicería horrenda. Cinco guerreros ancianos, cada uno con su hijo, forzando las líneas enemigas, salieron á pedir socorro á los pueblos comarcanos: solo el de Lucía quiso favorecerlos con algunas tropas; mas fueron batidas por Escipion, y cortadas atrocemente las manos de 400 jóvenes distinguidos: con que destituidos los numantinos de todo auxilio, y acosados del hambre, tomaron la resolución de morir unos con veneno y otros en las llamas de sus mismas casas, las que incendiaron con sus alhajas para que no sirviesen de botín al enemigo. Así acabó la célebre Numancia después de 14 años de guerra y 13 meses de sitio, dando un público testimonio de su valor heroico, y del amor á la independencia, que siempre distinguió á los españoles de todos los demás pueblos del mundo. En los 40 años siguientes no ocurrió cosa notable en España; pues los celtiberos que se rebelaron, fueron luego sujetados, y en Andalucía fué reprimida y castigada por Sertorio (entonces tribuno de soldados) una gran sublevación.

Guerra de Sertorio, y otros sucesos hasta la venida de Jesucristo.

Tiranzada la república romana por Syla, todos los que no habían seguido su partido, ó fueron sa-

crificados á su venganza, ó tuvieron que espatriarse. Del número de estos fué Sertorio, que vino á refugiarse á España, donde era ya conocido por sus proezas y moderación. Como conocedor del país y del genio guerrero de sus naturales, no tardó en hacerse partido y reunir una fuerza de 9,000 hombres: formó un gobierno á semejanza del de Roma, haciendo hasta 500 senadores, parte españoles y parte romanos, rebajó las contribuciones, favoreció las letras, disciplinó las tropas y las vistió á la romana. Estas prendas de Sertorio, la batalla naval ganada á Cota junto á Gibraltar, y la derrota de Didio en Andalucía le grangearon una gran estimación, y los españoles creyeron hallar en Sertorio un caudillo de tanta prudencia cual no habían conocido hasta entonces.

Para sofocar esta revolución mandó Syla un ejército, que fué derrotado al pasar los Pirineos. Mandó luego otro á las órdenes de Quinto Metelo, capitán de mucha experiencia y valor; pero que por lo avanzado de su edad le faltaba el ardor indispensable para superar la fogosidad de Sertorio, que se hallaba en lo mas florido de sus años. Con frecuentes choques, ninguno decisivo, se iba disminuyendo el ejército de Metelo, y aumentándose el de Sertorio con los que cada día se iban alistando bajo sus banderas. Envió Syla otro nuevo ejército, comandado por el gran Pompeyo, y unidos los dos generales romanos, fueron en busca de Sertorio, que se hallaba á la sazón sitiando á Lyria. Trábase una reñida acción, en que Sertorio quedó victorioso con muerte de 10,000 romanos. Y habiendo luego tomado la ciudad sitiada, la incendió á vista de sus enemigos, que por hallarse sin fuerzas para vengar aquel agravio, se retiraron á los cuarteles de invierno.

Al empezar la primavera siguiente volvieron á encontrarse los dos ejércitos, retirándose con igual pérdida. Dióse otra batalla cerca de Valencia, y fué vencido Sertorio, quien se retiró con los pequeños restos de su ejército á Calahorra, donde sitiado por Pompeyo, pudo escapar abriéndose camino por medio de las líneas enemigas; pero dejando en su poder, ó muertos, ó prisioneros hasta 5,000 de los suyos.

Estos desastres mudaron la condición de Sertorio, que empezó contra su costumbre á ser cruel y desconfiado: conducta que le granjeó muchos enemigos, que al fin le fraguaron su muerte. Se hallaba ya otra vez con un ejército capaz de contrastar al romano, á quien dió una acción, en que si no salió vencedor, tampoco fué vencido. Mas lo

que no pudo el enemigo en campaña, lo pudo la traicion en un convite, en el que fué asesinado por disposicion de Perpena, su lugar teniente. Tomó este el mando de las tropas sertorianas, pero fué derrotado por Pompeyo, y pagó con la cabeza su desmedida ambicion y alevosia. Osmá y Calahorra, que se resistieron aun á Pompeyo, llegando la última al estremo de alimentarse con carne humana, fueron enteramente destruidas. ¡Este fué el último esfuerzo de los españoles por conservar su independencia! ¡Desde entonces quedó por última vez la España sujeta á la potestad de Roma, y por consiguiente espuesta á participar de todos los vaivenes de aquella poderosa república!

En la guerra civil, movida por la rivalidad de César y Pompeyo, no fué la España la que menos tuvo que sufrir. En la fidelidad de los españoles halló Pompeyo su mejor apoyo; bien lo conoció el César: por lo que, su primer cuidado fué venir á España, y abatir en ella á sus enemigos, como lo consiguió en dos batallas que ganó.

Muerto Pompeyo, y levantado de nuevo por sus hijos el estandarte de la oposicion en España, sus naturales engrosaron y sostuvieron su partido en términos, que César tuvo que venir á detener sus progresos. Vinieron á las manos los dos ejércitos, y aunque al principio pareció declararse la victoria por los pompeyanos, al fin la consiguió el César, no sin gran peligro de su vida, y gran pérdida de su gente. Los restos del ejército destrozado se encerraron en Munda, en cuyo recinto se dió la batalla. César se apoderó de la plaza, mas no de los soldados que prefirieron morir todos antes que entregarse. Córdoba, que tambien se resistió, fué tomada por asalto, y pasados á cuchillo mas de 20,000 de sus habitantes.

Octaviano, sucesor de César, acabó de sujetar toda la España, quedando esta reducida á provincia romana, y pasando mas de 500 años en una profunda paz. En esta época nació nuestro señor Jesucristo. Los españoles fueron poco á poco haciéndose romanos, y recibiendo sus leyes, culto é idioma. Los emperadores Trajano, Adriano, Máximo y Teodosio II. españoles todos, con otros que florecieron en todas las clases del estado, prueban la parte que tomó nuestro pais en el engrandecimiento y gloria del imperio romano.

España en tiempo de Augusto.—Divisiones de la Península.—Rebelion de los cántabros y asturos.—Venida de Octavio.—Pacificacion y gobierno.

A principios del nuevo triunvirato que se formó en Roma entre Octavio, Antonio y Lépido, cupo la España á este último, mas pronto paró en manos del emperador venidero. Octavio, que habia guerreado en su mocedad contra Pompeyo, en el mismo pais á las órdenes de César, su tío, confió la direccion de la península á unos magistrados que algunos han considerado como superintendentes civiles y militares, encargados á un tiempo de la administracion y del mando. Pocos sucesos ocurrieron en España bajo esta forma de gobierno. Pero en tiempo de C. Domicio Calvino, los dos reyes moros que habian militado durante la guerra civil, el uno á favor de Pompeyo, y el otro por César y que se habian quedado en España con sus ejércitos, volvieron á tomar partido, Bogud por Marco-Antonio y Boco por Octavio; tuvieron varios encuentros y sangrientas refriegas, quedando finalmente vencido Bogud y arrojado de España. Los habitantes de Cerdeña que se habian declarado á favor de Bogud, se sublevaron aun despues de su espulsion y costó mucho á Domicio el vencerlos. A semejanza de sus antecesores abusó de la victoria. Robó enormes cantidades á los vencidos, con las que compró el triunfo que octuvo al volver á Roma.

Domicio Calvino fué reemplazado por Cayo Norbano Flaco; pero la historia no hace mas que mencionar este gobernador romano sin referir de él gestion alguna. Habla tambien de Estatio Tauro; pero todo lo que se sabe de ambos relativo á España, es que á semejanza de Domicio, recibieron los honores del triunfo por las felicidades que habian logrado en este pais; mas no serian de suma entidad aquellas dichas, reducidas sin duda á refrenar algunas asonadas, promovidos tal vez de intento para desmandarse con saqueos y talas, pretesto harto frecuente para apropiarse los vencedores todo el caudal de los vencidos. Por otra parte no tuvieron trascendencia aquellos movimientos, pues tras ellos que-